

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Antonio Abad, 18, 3.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Ricardo Mella

## Por la anarquía

### III

Ya que de libertad hablamos preciso será que concretemos el alcance de la palabra.

La libertad, en el sentido absoluto que se da á este vocablo, es una quimera. Cuanto existe está condicionado de tal forma que no queda espacio para el libre arbitrio. Físicamente nada puede salirse de las condiciones generales de la naturaleza y de sus condiciones propias. No cabe hacer excepción á beneficio del hombre. Aun cuando éste parece sobreponerse á las condiciones del medio y á sus propias facultades, no hace sino acudir á un subterfugio. Surca los aires, pero no vuela. Desciende al fondo de los mares y allí respira y vive un cierto tiempo, pero encierra y lleva consigo el ambiente exterior necesario á su existencia. La libertad moral es simplemente un caso particular de la libertad física. Cada uno sólo quiere lo que puede; y, si hace lo que quiere, es porque no quiere más que lo que puede. Así la libertad no es, en todo caso, más que el esfuerzo por substraerse á condiciones dadas en la naturaleza ó en nuestro organismo. El desenvolvimiento de la personalidad implica

el combate por liberarnos de todo atadero físico y moral.

Socialmente la libertad tiene análogo sentido relativo. En el mejor de los mundos, en el más libre de los estados sociales, cada uno habrá de soportar, cuando no solicitar, la presencia y la cooperación de los demás; vivirá en un medio común, por tanto, con todos los inconvenientes y cortapisas, y también con todas las ventajas de la comunidad. Aquí también el esfuerzo individual por sobrepasar determinadas condiciones, es en lo que estriba la libertad.

Pero, en tal terreno, hay que tener en cuenta algo más esencial. A los ataderos físicos, morales y sociales, ha venido á sumarse en el curso de la historia un atadero más, el atadero artificial de las instituciones autoritarias, la propiedad inclusive. Así, en el estado actual, el individuo no sólo lucha por superar condiciones que reducen á un minimum su libertad sino que también por destruir todo un mundo de artificios que le aplasta y le estruja. Y ese problema es el verdaderamente importante y únicamente práctico. Aquellos otros habrán de re-



solverse teóricamente en el dominio de la ciencia, y en el de los hechos á medio del esfuerzo personal y el esfuerzo común en la continua mudanza de las costumbres, de los gustos, de las inclinaciones, de la educación, etc. Es la labor eterna de los tiempos presentes ó futuros.

Mas el otro problema, el que toca á la vida real en sociedad, habrá de ser resuelto sobre la marcha por la conquista de *toda la libertad de sentimiento, de pensamiento y de acción* indispensable al desenvolvimiento integral de todas las individualidades. Esta libertad real y efectiva, no la soñada y estrafalaria de los neoindividualistas, es la que entraña el socialismo anarquista.

Proclamamos, pues, la libertad total del individuo y por que esta libertad sea un hecho para *todos* los individuos, proclamamos también la igualdad ó equivalencia de condiciones. Inútil fuera el derrocamiento de todas las tiranías si quedara en pie la tiranía de la riqueza para unos y la penuria para otros. Basta que la naturaleza nos arme desigualmente para que en el combate por superarnos, flote triunfante la virilidad, el arte, el saber, etc. Agregar desigualdades artificiales, es castrar á la mayor y mejor parte de la humanidad. Y aun entendemos que si fuera hacedero el empeño de encumbrar á todos al arte, á la ciencia, á la virilidad, al heroísmo, habría de ser ello el más noble y el más bello de los ideales humanos. No se trata desde luego de la igualdad de cuartel ó de convento; se trata de que cada uno tenga á su libre disposición todos los medios de desenvolverse física, moral é intelectualmente del mismo modo que puede tomar á la naturaleza el aire respirable necesario, el sol que le caliente, todo lo que precise, las fuerzas, en fin, que juzgue indispensables á su existencia. ¿Es esto claro? ¿Puede desear más el más exigente individualista?

Presupone este principio, proclamado

por todos los anarquistas viejos, el mismo hecho de convivencia en sociedad. Ciertamente no es preciso que agreguemos nada á la idea de libertad tal como la hemos expuesto. La solidaridad, el libre acuerdo, etc., son modos de designar un método. Porque la vida en sociedad ó comunidad es y será siempre un hecho fuera de toda discusión y es claro que por mucha libertad que se goze se gozará dentro y no fuera de la vida de relación. Y pues que esta vida de relación, que esta vida de sociedad ó de solidaridad no es un artificio ni una invención sino una realidad y una necesidad, ¿que otro método que el de libre acuerdo sería aplicable en el mundo anarquista? Agreguémoslo, por tanto, ó no, cualquier discusión sería baladí. Libertad y solidaridad vienen siempre aparejadas, como instrumento aquélla, como consecuencia ésta.

Sin método no hay estudio posible, no hay ciencia posible, no hay arte posible, no hay trabajo, no hay vida posibles. Anarquía supone método, como autoridad supone subordinación. El método anarquista es el de la libre cooperación mediante acuerdos voluntarios, naturalmente. Lo otro será el entronizamiento de cierto número de individualidades, será lo que se quiera menos la anarquía en acción ó sea la libertad para todos. El principio anarquista implica la coordinación espontánea de los individuos para el trabajo, para la ciencia, para el arte, para la vida, en fin, ó no significa nada como no sea el hermoso caos de que nos hablan á toda hora los imbéciles de la burguesía ó nos ensalzan los majaderos de la novísima tontología individualista.

No hablamos ni queremos hablar de sistemas cerrados, de más ó menos comunismo. Ello ha sido descartado de toda discusión tiempo ha. Cooperación libre, es decir, anarquía: he ahí todo. Y que no se nos venga con los distingos de que en ciertos trabajos se impondrá el



comunismo y en ciertos otros el individualismo por el hecho sencillo de que un cuadro no se ejecute por un centenar de pintores, y para hacer una locomotora se necesite en cambio un millar de mecánicos. Tales puerilidades acusan una mentalidad muy pobre, denuncian una mollera de cal y canto. Y esas puerilidades vienen del lado de los superhombres que han puesto una frontera entre el trabajo mecánico y el trabajo intelectual inventando la categoría ridícula del intelectualismo como si los demás mortales tuvieran el cerebro para defecar en salvo sea la parte.

Prescindamos de que ningún cuadro, grande ni chico, saldría de manos del pintor sin la cooperación del que fabrica la tela, del que prepara las pinturas, etc. y de que ni aun el mismo pintor sería algo sin el que le suministra los alimentos, los vestidos, la vivienda. ¿Qué relación puede haber entre el individualismo, como principio, y el hecho vulgarísimo de que para echar unas medias suelas no sea necesario más que un sólo individuo? Porque parecenos que para el caso es tan respetable ejemplo el sapiente Zapatero como el melenudo Apeles, salvo el más acabado dictamen de nuestros superhombres.

Por otra parte ¿no anda por ahí también un poco de preocupación, de hábito, de prejuicio? Cada vez se hacen más difíciles las obras individuales de ciencia. Ya en nuestros tiempos colaboran en una misma faena científica multitud de sabios y cuando una nueva invención sale á la superficie, sería muy aventurado atribuirle á estudios exclusivos del que la pregona. ¿No podría ocurrir lo mismo en el campo del arte? Aun cuando tal ó cual obra sea el fruto de un pensamiento individual, y esto ocurre siempre, ¿no podría ser al propio tiempo el resultado de una cooperación necesaria?

Todo ello no significa sino que aun los que más pregonan la libertad, se empe-

ñan en meter la vida por estrechos y tortuosos senderos. Hay campo en la anarquía para todas las formas de trabajo, de acción, de pensamiento. Hay campo para la expresión amplia y libre de todas las modalidades posibles.

Por el momento vamos derechamente á conquistar toda la libertad para vivir á nuestro gusto. Por el momento vamos derechamente á conquistar todos los medios de convivencia social para ser real y efectivamente libres. El resto vendrá por añadidura sin necesidad de determinaciones *á priori* que cierran el paso á posibilidades que no podemos prever.

La anarquía no significa de ningún modo una forma exclusiva de acción, más ó menos comunismo, menos ó más individualismo. Significa la posibilidad de todos los modos de acción á medio de la total libertad de iniciativas, de procedimientos, de conducta. Podrá haber y habrá, sin duda, una resultante que prepondere, pero sin negar ni destruir cualesquiera otras resultantes. Se trata de la vida en sociedad, producto de millones de libres conciertos. La abstracción á un lado; aquí queremos hablar y debemos hablar de la realidad, del tanto cuanto de cada día, de la práctica simple de la libertad de acción. En el curso del tiempo la evolución hará su camino sin trabas: esto es todo. Hartos de pragmáticas sobre el porvenir, nos reducimos al momento inicial de la anarquía, seguros de que, conquistada la libertad, ella hará su obra. Inútil que desde ahora decretemos fórmulas. Y no es esto renunciar al estudio del desenvolvimiento social presente ó venidero. Es afirmar todo lo que conocemos, comprobado por la experiencia, acogiendo con desdén disquisiciones que quisiera hacérsenos tragar como sendas verdades. Nos interesan todos los problemas, pero carecemos de fe para toda solución hipotética. Necesitamos realidades; realidades para liberarnos socialmente. Contentarse con



unos trozos de metafísica mejor ó peor hilvanados, quédese para los escuálidos de músculos y de cerebro. Los que hablan del hombre fuerte olvidan, sin duda, que la vieja anarquía los quiere tan fuertes, tan equilibradamente fuertes, que no se satisface con menos que verlos recios de músculos y recios de intelecto. Por eso reclama pan, mucho pan, según la expresión gráfica y vulgar, y luz, mucha luz para que el desarrollo individual no caiga ni del lado de la bestia ni del lado de la neurastenia. De brutos y de desequilibrados estamos ya hasta la coronilla.

Si esto es cristianismo, si esto es falsa ciencia, si esto es estática social, imitación, retroceso, confesámonos los más ignorantes de los hombres. El empleo de ciertas locuciones no autoriza consecuencias á todas luces aventuradas, sobre todo en aquellos que tienen por fetiches la lucha por la vida, la reconcentración egoísta del individuo, el superhombre, etc. Por mi parte confieso que me es profundamente antipático el proselitismo á golpe de frases. Ellas acusan generalmente carencia de ideas. Pero nuestro pobre estado mental explica bien, á quien examine el asunto sin pasión, porque vale más la terminología Revolución social, Huelga general, Felicidad humana, Fraternidad universal, Solidaridad, Apoyo mutuo, que las mismas ideas que encierran. Del mismo modo tiene explicación el hecho de que la mayor parte de las gentes propendan á conclusiones definitivas y que muchos anarquistas hablen como hombres de fe respecto á la futura armonía social, el apagamiento de las pasiones, etc. Nosotros no creemos que la anarquía será un paraíso. No creemos en la total realización de la felicidad. No creemos en el amor universal. No creemos en la perfecta solidaridad humana. Y no creemos en todas estas cosas y otras más porque no nos arrastra un falso sentimentalismo

por senderos que á la postre nos conducirían al sacrificio de la personalidad y al sacrificio también de la humanidad.

La anarquía no será un paraíso porque el paraíso no es realizable. La anarquía será simplemente la vida libre, la vida cómoda y plena lo más posible; siempre más y más cómoda, siempre más y más plena, más y más libre. Sin ninguno de los obstáculos, de las tiranías y de las expoliaciones actuales, cada uno podrá desenvolverse á su placer en todos los órdenes de la existencia. La evolución se hará libre y espontáneamente. Y si la posibilidad de actuar en todas direcciones no implicara la posibilidad de todas las comodidades, y reciprocamente, la anarquía sería una mentira más, indigna del menor esfuerzo individual ó colectivo de conquista. Pero quien dice más y menos, dice imperfección, dice naturalmente movimiento, camino recorrido ó á recorrer de uno á otro término. ¿Qué otra cosa sino es la vida? ¿Qué otra cosa podrá ser en plena anarquía? Movimiento de avance, de mejoramiento, de liberación mayor, no cabe dudarlo, ello será la anarquía prácticamente. ¿Una realización absoluta? ¿Superar de una vez para siempre todas las condiciones? ¡Jamás! Eso sería la cesación de la vida por falta de objeto. Por esto es un sueño la decantada felicidad paradisíaca, el amor universal, la solidaridad perfecta de los humanos. La anarquía no supone, no puede suponer la muerte de las pasiones ni la capacidad absoluta de realización. Sabemos muy bien que no caminamos en pos de una sociedad de ángeles y que la libertad no nos hará todopoderosos. Habrá, pues, deficiencias, contrariedades, obstáculos, antagonismos; habrá todo lo que se deriva de nuestra naturaleza limitada é imperfecta. Habrá asimismo imposibilidad temporal ó absoluta de realización. ¿Cómo no si el acicate de nuestra existencia es precisamente la lucha con toda limitación y con toda imposibi-



lidad? Solamente los cerebros castrados pueden atribuirnos la tontería de aspirar á un mundo de ángeles en un paraíso de divinidades.

Vamos á la anarquía con hombres de carne y hueso, defectuosos, apasionados, violentos ó flemáticos, amorosos ó indiferentes. Y vamos á un mundo social de libertad y comodidad sin que pretendamos alcanzar toda la comodidad y toda la libertad. Más allá de la anarquía habrá siempre libertad y comodidad que conquistar. Inexplicable una negativa en labios que proclaman la necesidad de que el hombre se supere á sí mismo.

¿Es cristianismo este sentido de la anarquía? Necio, quien tal diga. ¿Qué tiene que ver el más allá religioso, que olvida la vida terrena, con el más allá de todo indefinido desenvolvimiento humano, físico ó moral? Científicamente, y si se quiere metafísicamente, toda realización absoluta es absurda. Fuera, pues, del orden sobrehumano que es en el que únicamente podría asentarse por pretendidas ciencias lo absoluto, no hay más que realizaciones parciales, relativas; caminos á recorrer, movimientos oscilatorios, más y menos; una escalera sin fin por la que van trepando cosas y seres sin

alcanzar jamás el postrer peldaño. ¿Hay un término absoluto para toda evolución? Que contesten los que nos tachan de cristianos y anticientíficos.

Será, pues, la anarquía condicionada por circunstancias de lugar y de tiempo; será, pues, la libertad y la solidaridad lo que puedan ser dados nuestros conocimientos, nuestra educación, etc., del momento; será la felicidad, será el amor entre humanos lo que permita el estado de nuestro propio desenvolvimiento en el curso del tiempo. Y por eso la anarquía no será un paraíso, ni es necesario que lo sea; no querriamos siquiera que lo fuera.

La libertad, toda la libertad para todos; la libertad de *poder* elaborar la dicha propia y la dicha general; la libertad de *poder* emanciparnos interior y exteriormente cada vez más: esa es la anarquía.

Y la libertad no existirá jamás para todos, allí donde todos también no puedan disponer de los mismos medios de acción, allí donde las condiciones de la existencia social favorezcan exclusivismos que se escudan en diferencias naturales que deberían bastarse á sí mismas ya que tal es su decantado poder.

(Concluirá.)

---

**Enrique Malatesta**

## El sufragio universal

Durante muchísimos años los partidarios de la democracia (que significa *gobierno del pueblo*) han sostenido que el sufragio universal es la fuente legítima del derecho y el remedio para todos los males sociales.

Cuando todos tengan derecho al voto, dicen, el pueblo enviará al poder á sus amigos y hará triunfar su voluntad. Si las instituciones que funden los elegidos

por el voto no son perfectas, si éstos traicionan los intereses de sus representados, los electores tendrán que culparse á sí mismos y escoger en lo sucesivo mejores representantes.

Más aun, agregan los más radicales; para mayor seguridad se puede establecer la revocación del mandato y el referendum, es decir, que los electores sean siempre libres de destituir á su elegido y



nombrar á otro, y que las leyes hechas por los diputados no sean válidas sino después de haberlas aprobado el pueblo por medio de una votación directa.

El sufragio universal estuvo en vigor en diversas épocas y en casi todos los países civilizados, hasta en forma de plebiscito, que es la votación directa de todos en una cuestión determinada; fué practicado como conquista del pueblo insurreccionado ó como concesión de vencedores que creyeron útil fortificar su dominio con apariencias de consentimiento popular, y sirvió siempre para sancionar toda clase de usurpación, respondió siempre según los deseos de quien tuvo en sus manos el poder y desde el poder lo interrogó. El sufragio universal funciona normalmente ya desde mucho tiempo en muchos países; en algunos hasta existe el referendum, y el pueblo continúa, á pesar de todo, en la esclavitud, y los burgueses, los que poseen ó disfrutan las riquezas sociales en detrimento de los trabajadores, no dejan de hallarse tan guapamente como si el sufragio universal no funcionase.

Á los demócratas puros y simples, caídos en el descrédito, se han unido estos socialistas que se califican de demócratas, y éstos también pretenden hacer el bien de todo el mundo mediante un gobierno del pueblo salido del sufragio universal. Y en todas partes se agitan para la conquista de este sufragio, y se esfuerzan para atraerse los trabajadores diciéndoles y repitiéndoles la más vulgar de las ilusiones: cuando vosotros votéis, mandaréis vosotros.

El sufragio universal no será, porque lo invoquen los socialistas, más benéfico que cuando lo proclaman los demócratas.



¿Por qué el sufragio universal no sirvió durante el pasado para emancipar al pueblo? ¿por qué no puede tampoco servir en el porvenir?

A los socialistas no deberíamos recordarles el efecto que las condiciones materiales hacen sobre el espíritu de los hombres, ni tampoco como los trabajadores no pueden emanciparse políticamente mientras perdure su servidumbre económica. Son cosas que han hecho muy mal en olvidarlas.

Para los socialistas—que no hayan dejado de serlo—el sufragio universal puede servirles, á lo sumo, para organizar la sociedad futura; pero tendría que ir siempre precedido de la expropiación efectuada revolucionariamente, y de haber puesto á disposición de todos los medios de producción y toda la riqueza existente. Este sufragio podría ser, para los socialistas autoritarios, la fuente del derecho en una sociedad basada en la igualdad de condiciones; pero no podría ser nunca un medio para salir de las condiciones presentes, ni será nunca un instrumento de emancipación.

En cambio los susodichos socialistas reclaman actualmente el sufragio como medio supremo para conquistar la igualdad económica y actuar el socialismo. Y si en algún país hablan de revolución, y tal vez la provoquen y secunden, es tan sólo para conquistar el sufragio universal, sin perjuicio de aceptar la república ó de soportar la monarquía allí donde el monarca, con tal de conservar el trono y la lista civil, se avenga á dejar al sufragio universal la plena soberanía. Quiere decir que estos socialistas quisieran, por todo socialismo, hacernos aceptar las condiciones políticas que existen en Francia, en Suiza y en América y que desde años y siglos no han servido para traernos el socialismo, ni siquiera refrenar la acumulación capitalista... ni siquiera impedir la matanza de los trabajadores recalcitrantes.



Pero supongamos que existen las condiciones necesarias para que todo indivi-



duo pueda votar libremente y sepa votar bien; supongamos asimismo que la revolución social está hecha, que todos los individuos están en condición económica independiente y que las nuevas condiciones han producido ya un público inteligente é instruído. El sufragio universal, es decir, el gobierno elegido por el sufragio universal, sería igualmente impotente, por razones inherentes á su naturaleza, para representar los intereses de todos y satisfacerlos.

Ante todo, el gobierno «elegido por el pueblo» no es en realidad elegido sino por aquellos que triunfan en la batalla electoral: los demás, que pueden ser una minoría grandísima y aun mayoría, quedan sin representación. Sería un régimen en que la mayoría legal (mayoría real únicamente en la mejor de las hipótesis) tendría el derecho de mandar á la minoría.

He aquí, pues, y desde luego, una cosa muy desagradable, ya que la minoría puede tener tanta ó más razón que la mayoría, y en todo caso los derechos de cada individuo son igualmente sagrados, tanto si pertenece á la mayoría, como á la minoría como si está solo. Pero la realidad es peor aún.

Los elegidos que hacen la ley pueden haber sido nombrados por la mayoría de los electores, pero la ley la hace únicamente una mayoría de aquéllos, y resulta, por consiguiente, que en la mayor parte de los casos los que aprueban una ley representan tan sólo á un número de electores que están en minoría frente al entero cuerpo electoral.

Así, pues, con el sistema del sufragio universal, igual que con cualquier sistema de gobierno representativo, muy á menudo, aun suponiendo que los elegidos cumplan realmente la voluntad de los electores, es la minoría la que resulta gobernar á la mayoría. Y si injusto y tiránico es el dominio de la mayoría, más tiránico é injusto es el de la mino-

ría, tanto más que á través de la alquimia de la política no es ciertamente la minoría más ilustrada, más progresiva y más buena la que queda en el poder, muy al contrario.



Otras consideraciones más importantes nos quedan por hacer y que explican lo falaz del sistema representativo, así como del referendum, de la legislación directa y de cualquier otro sistema que no esté fundado en la libre voluntad de cada uno, pactando libremente con los demás.

Se habla del pueblo y de los intereses populares sin tener en cuenta que el pueblo no es un cuerpo único con intereses únicos. Este es, simplemente, un nombre colectivo que sirve para indicar el conjunto de varios individuos y de varias colectividades, cada una con pasiones, intereses é ideas variadas, diferentes, y á menudo opuestas.

¿Cómo podría un gobierno, un parlamento, representar y dar satisfacción á estos intereses opuestos? ¿Cómo puede un cuerpo electoral, que no puede dar más que una sola solución á cada cuestión, satisfacer el deseo de todos los individuos que lo componen y que están diversamente interesados en la cuestión?

En un parlamento, como en un país, cada interés se halla en minoría enfrente de la suma de los demás intereses, y si la colectividad es quien debe decidir sobre los intereses particulares, cada interés se halla abandonado á la discreción de quien no está en él interesado, ó lo desconoce, ó no le preocupa, ó tiene intereses diferentes y opuestos.

En una determinada cuestión, por ejemplo, la provincia A, la B, y todas las demás regiones de una nación tienen intereses diversos. Si el pueblo por entero debe decidir por todos, sucederá necesariamente que cada región tendrá que sufrir la voluntad de las demás re-



giones juntas, y cada una se verá oprimida, y cada una concurrirá á oprimir á las demás. Así los intereses, por ejemplo, de los mineros serán ventilados por la masa de la población con la que comparados son una pequeña minoría, y así en todos los intereses, por todas las localidades y con todas las opiniones.

Existen ciertamente los intereses generales, comunes á colectividades numerosas, á enteras naciones y hasta á toda la humanidad, que requieren, por consiguiente, el concurso y el acuerdo de todos los interesados; y destruídos los antagonismos provenientes de la propiedad individual, estos intereses generales y comunes se ampliarán más aún.

¿Pero quién establece cuáles intereses son exclusivos de un individuo ó de un grupo, y cuáles son más ó menos generales?

Si hay un gobierno, representativo ó no, este debe forzosamente decidir sobre las varias jurisdicciones y establecer qué intereses son de incumbencia exclusiva del individuo ó del grupo, y cuáles incumben al gobierno central, pues que, si así no fuese, cada uno negaría la competencia del gobierno en aquellas materias en que la ley gubernamental no le conviniere y el gobierno no podría gobernar.

Y como que todo gobierno, todo cuerpo constituido, tiene naturalmente una tendencia á ensanchar siempre más su esfera de acción, sucede siempre que quiere mezclarse en todo con la excusa de que todo es de interés general; de este modo queda ahogada toda libertad, y los intereses de cada uno quedan sacrificados á los intereses políticos, ó de otro género, de quien ó quienes ocupen el poder. El único modo de determinar cuales son los intereses colectivos y á que colectividad incumben; el único modo de destruir los antagonismos, de armonizar los intereses opuestos y de conciliar la libertad de cada uno con la

libertad de los demás, es el libre acuerdo entre aquellos que sienten la utilidad y la necesidad del acuerdo.

Únicamente así, partiendo del individuo al grupo y de éste á la colectividad, se puede llegar á una organización social, en la cual, al mismo tiempo que queda respetada la voluntad y la autonomía de cada miembro, se obtiene la ventaja de la máxima cooperación social y queda siempre abierto el camino á todos los perfeccionamientos, á todos los futuros progresos.



#### Una última observación.

En todo cuerpo político existen hoy enormes diferencias de condiciones materiales y de desarrollo intelectual y moral de región á región, de ciudad á ciudad, de oficio á oficio, de partido á partido, de igual modo que existen entre las ciudades y el campo, etc., y las partes más miserables, más atrasadas, más reaccionarias están siempre en gran mayoría.

Es una cuestión de hecho que se puede comprobar en todos los países del mundo. En todas partes, á causa del Estado que obliga á estar juntos los más diversos y contrarios elementos, á causa de la ley que todos se ven obligados á obedecer, en todas partes las regiones más atrasadas son las que dan la fuerza á los respectivos gobiernos para que puedan hacer obedecer á las más avanzadas y de este modo las impiden constituirse de modo que responda á las propias aspiraciones y al propio grado de desarrollo material y moral. El campo es el freno de las ciudades. Los embrutecidos por la miseria, los analfabetos, los sometidos, los supersticiosos sirven de instrumento á los dominadores para oprimir á los inteligentes, á los despreocupados y rebeldes.

Ahora bien; con el sufragio universal



los legisladores salen de la mayoría, y de esta mayoría de legisladores, es la parte más reaccionaria quien hace las leyes. De aquí resulta que la ley la hace efectivamente, la minoría, pero la minoría más atrasada.

Añádase á esto la ilusión que se forjan las minorías más progresivas de poder ser pacíficamente mayoría y se dejan paralizar por la legalidad, y quedará demostrado como el sufragio universal, muy lejos de ser un instrumento de emancipación y de progreso, es, al contrario, el medio más eficaz para conservar y consolidar la opresión... cuando no un medio para ir retrocediendo.

Dad, por ejemplo, el sufragio universal en Italia, y en lugar de haber realizado un progreso habréis instaurado un dominio, peor del actual, de los curas y de los grandes propietarios rurales.

¿Es que nosotros queremos el dominio de las minorías? ¿Queremos lo que se llama el despotismo ilustrado?

De ningún modo. Primeramente, porque no admitimos que nadie tiene el derecho de imponerse á los demás ni siquiera para labrar su bien, ni creemos en el bien labrado á la fuerza; en segundo lugar, porque cada uno cree tener razón y precisaría un tribunal supremo para fallar quién la tiene; y finalmente, porque cuando se trata de imponerse por la fuerza y dominar, no son los mejores aquellos que poseen las cualidades adaptadas para ello y que lo logran, sino los farsantes y los violentos.

Nosotros creemos que el único medio para emanciparse y progresar, estriba en que todos tengamos la libertad y los medios para propagar y *actuar* las propias ideas. Y esto es precisamente la Anarquía. Entonces las minorías más

avanzadas persuadirán y arrastrarán á las más atrasadas con la fuerza de la razón y del ejemplo.

Por lo demás, así es como ha progredido siempre la humanidad, gracias á aquella poca libertad que los gobiernos no han podido ahogar.



Pero, se nos objeta á menudo, si en verdad el sufragio universal no sirve para labrar la felicidad del pueblo, ¿cómo se explica que los gobiernos no lo conceden nunca voluntariamente y hasta se oponen con todas sus fuerzas?

Explicase esto un poco por la ignorancia, el miedo y la ceguera conservadora de las clases dominantes, pero sobre todo, por el hecho real de que con el advenimiento del sufragio universal se verifica un cambio de lugar de intereses y de personal gubernativo, cambio temido por quienes están en funciones y pueden salir perdiendo. Pero cambiar de gobernantes no significa de modo alguno que el pueblo vaya á estar mejor.



Únicamente de un modo el sufragio universal podría ser útil, y es cuando la experiencia de su funcionamiento demostrare su falacia á los que de él esperan beneficios. Sería una ilusión menos y otro error eliminado. En la mayoría de los casos los hombres no llegan á la verdad sino después de haber recorrido todos los errores posibles.

Pero aun este último beneficio no puede obtenerse sino á condición de que haya quien combata con energía contra esta mentira, pésima entre las pésimas, con que se engaña al pueblo.

(*Il Pensiero*, Roma.)





## El Estado

Ya no hay actualmente cuestiones nacionales propiamente dichas. Hay la gran lucha de la Revolución contra el Estado, del porvenir contra el pasado, de la igualdad contra el privilegio, del derecho contra la fuerza.

Esta lucha existe, abierta ó latente, en todos los pueblos civilizados, sea cual fuere su latitud geográfica y la forma política del gobierno, Imperio, Monarquía, República, Poder personal ó Parlamentarismo...

Lo que detiene y esteriliza la acción revolucionaria en Francia, es lo que idénticamente detenía ayer la revolución en Italia, lo que la hizo abortar en España, lo que la retarda y hará que mañana sea impotente en Alemania: *es la teoría del Estado*, tanto si es el Estado republicano como el Estado monárquico, el *Estado obrero* como el *Estado burgués*.

*Estado y Revolución* son dos fuerzas contradictorias, incompatibles.

Se trata de salir de la evolución política cuyos términos todos conducen al despotismo arriba, á la esclavitud abajo, para entrar en el terreno de la evolución social que nos dará la justicia con la igualdad y con la libertad.

Pero para entrar en este terreno de la realización socialista, es necesario, por de pronto, repitámoslo, derribar las barreras que nos dificultan el paso, es decir: abolir el Estado y todo el organismo político cuya encarnación suprema es.

Cuando se repite la palabra de Luis XIV: «El Estado, soy yo», todos nuestros liberales botan indignados.

Cuando el Estado moderno dice: La Francia, soy yo—y obra en consecuencia—¿qué diferencia halláis?

Tiene razón, se lo habéis dado todo; es el más fuerte, lo puede todo, lo es todo.

—Pero—respondéis—¡yo soy el pueblo soberano! Todas estas gentes que me gobiernan, que me racionan mi parte de libertad, de existencia, de aire respirable, que cortan y roen mis derechos, que legiferan todo y contra todo, contra mí particularmente, deben á mí su poder!

—¿Pero dejan de tener, por esto, este poder?

—Yo soy quien les nombra.

—¿Dejáis por esto de ser gobernados?

—Tengo mi papeleta electoral, los cambiaré.

—Y cuanto más los cambiáis, más es la misma cosa.

Primeramente porque los cambiáis cuando ellos quieren ó han fijado, en las condiciones queridas y preparadas por ellos, de tal modo que no podéis nunca impedir el mal sino cuando está hecho.

Luego porque el mal tiene raíces más profundas. Podad el árbol cuanto queráis, no dejará de brotar, y si es un manzanillo quedaréis envenenados lo mismo cada vez que vayáis á descansar á su sombra.

El error consiste en creer que cambiando la investidura del Poder se cambia su naturaleza.

El rey Bomba, hablando de sus soldados, decía: vestidles de verde, vestidos de rojo, huirán siempre ante el enemigo.

Lo mismo pasa con el Poder. Que se ejerza en nombre del derecho divino y hereditario ó en nombre de la soberanía popular y del derecho electivo, será siempre el Poder, y vosotros seréis siempre la cosa inerte que administran, que dirigen, que gobiernan.

Que en la frente lleve el óleo santo, la



pólvora de las barricadas ó la papeleta electoral, el Estado, representado por un hombre ó por una asamblea, ¿acaso no tiene siempre las mismas prerrogativas, la misma omnipotencia?

Desde el momento que habéis dicho *si*, con mayor ó menor conocimiento de causa, más ó menos libertad moral ó material, ¿dejáis de pertenecer á este Poder, que de vosotros salió, pero que ya no es vosotros?

Si á un condenado á muerte se le dijere:

«La administración no nombrará el verdugo, lo elegirás tú mismo, y antes de cortarte el pescuezo, declarará que lo hace en virtud de tu propia soberanía» ¿creéis que la suerte del guillotinado habría cambiado esencialmente?

Pues bien, esta teoría es la de la *soberanía* delegada, la de toda la vieja generación revolucionaria y de los jóvenes neófitos que aspiran al Poder.

Basta ya de hacerse ilusiones. Jamás el Estado, sea cual fuere el nombre que tome, será verdaderamente democrática ni siquiera *liberal*, es decir sometido á las voluntades de la nación.

¿Cómo queréis que el que manda... obedezca?

Nunca será ni la libertad, ni la igualdad, puesto que es la Autoridad, y, por consiguiente, el Privilegio, es decir, lo contrario de la libertad y de la igualdad.

Todo el sistema dictatorial, autoritario, gubernamental — tres sinónimos — descansa sobre la insensata idea de que el pueblo puede estar representado por otros que no son el pueblo.

Nadie puede representar al pueblo, pues nadie mejor que él puede conocer sus necesidades y sus voluntades.

Se representan intereses definidos, circunscritos, limitados, pero no se representa una abstracción.

Se representa un Municipio, un grupo

económico, un cuerpo de oficio, pero no se representa el pueblo.

El Estado no os representa. Se representa á sí mismo. Ahora bien, vosotros y él, sois *dos*, y *dos* jamás pueden hacer *uno*.

¿Qué diríais de un hombre que teniendo una espina clavada en el pie cambiase de calzado creyendo curarse?

La espina es el Estado, los gobiernos son el calzado que se cambia... y he ahí porque el mal perdura.

Hablando Proudhon de la clase directora, dijo en su *Correspondencia* (tomo v, pág. 51):

«Es una casta bestia, inmoral, ambiciosa, sin principios, siempre pronta á robar la fortuna pública y á explotar al pobre, adaptándose para ello lo mismo al imperio, que á la república, á la iglesia ó al rey.»

Por esto hemos visto á Thiers adaptado á la presidencia de la república versallesa y vemos á sus amigos adaptados á la república monárquico-clerical que sueñan regir con decretos del Imperio. Son los listos de la banda.

Han acabado por comprender que con tal que se sepa amordazar al pueblo y se conserve el Poder absoluto en manos de la clase directora, importa poco que la mordaza sea blanca, negra ó azul, que el Poder se llame República ó Monarquía.

Pero va siendo inútil, el pueblo principia á comprender de donde viene el mal y á explicarse porque todas sus victorias de un día resultan derrotas de veinte años.

Un individuo come setas y se envenena. El médico le proporciona un emético y lo cura. En seguida corre al cocinero y le dice:

Las setas de ayer en salsa blanca me envenenaron. Mañana las harás en salsa negra.

Las come en salsa negra. Segundo envenenamiento, segunda visita del médico y segunda cura.



—¡Diablo! —dice á su cocinero.—No quiero más setas en salsa negra. Mañana me las harás fritas.

Tercer envenenamiento con acompañamiento de médico y emético.

—Lo que es esta vez no me pescan de nuevo. Cocinero: confítame las setas.

Vuelta al envenenamiento.

—¡Pero es un imbécil! —diréis—que arroje las setas á la basura y que no las coma más!

Os ruego no seais tan severos, pues este imbécil es... vosotros, somos todos, es la humanidad entera. Cuatro ó

cinco mil años hace que guisáis el Estado, es decir, el Poder, la Autoridad, el Gobierno, con toda clase de salsas; que hacéis, deshacéis, cortáis y roéis constituciones sobre todos los figurines y que el envenenamiento continúa.

Habéis ensayado realezas legítimas, realezas de hecho, realezas parlamentarias, Repúblicas unitarias y centralizadas, y la única cosa que sufrís, el despotismo, la dictadura del Estado, la habéis escrupulosamente respetado y cuidadosamente conservado...

De *L'Etat et la Révolution*, folleto, Ginebra, 1877.

**Pedro Kropotkin**

## La Reacción en 1790 y 1791 <sup>(1)</sup>

### IV

Cuando se estudia la gran Revolución se siente uno tan arrastrado por las grandes luchas que se desarrollaron en París, que tentado se halla de descuidar el estado de las provincias y la fuerza que en ellas tenía la contrarrevolución. Y no obstante, esta fuerza era inmensa. Tenía en su apoyo los siglos del pasado y los intereses del momento, y hay que estudiarla para comprender cuan mínimo es el poderío de una asamblea de representantes durante una revolución, hasta cuando están inspirados por las mejores intenciones del mundo. Cuando se trata de luchar, en cada ciudad y en cada pequeña aldea, contra las fuerzas del antiguo régimen que, después del primer momento de estupor, se reorganizan para detener la marcha de la revolución, nada hay tan eficaz como

el impulso de los revolucionarios «sobre el terreno» para vencer esta resistencia.

Se necesitarían años y más años de estudio en los archivos locales para poder reseñar todos los manejos de los realistas durante la gran Revolución. Nos contentaremos con unos cuantos episodios para dar una idea general.

Conocida es la insurrección de la Vendée, pero hay demasiada inclinación á creer que solamente en medio de poblaciones semi salvajes, inspiradas por el fanatismo religioso, se hallaba el único foco seriamente contrarrevolucionario. El Mediodía de Francia representaba otro foco del mismo género, tanto más de temer que los campos en que se apoyaban los realistas para explotar los odios religiosos de los católicos contra los protestantes se hallaban al lado de otros campos y de grandes

(1) Véanse los núms. 39, 40 y 43.



ciudades que habían suministrado uno de los mejores contingentes á la Revolución.

La dirección de estos diversos movimientos partía de Coblenz, pequeña ciudad alemana situada en el Electorado de Tréves, convertida en el centro principal de la emigración realista. Después del verano de 1791, cuando el conde de Artois, seguido del ex ministro Calonne, y más tarde de su hermano el conde de Provence, se estableció en esta ciudad, convirtiéndose en el principal centro de los complots realistas. De allí salían los emisarios que organizaban por toda la Francia las insurrecciones contrarrevolucionarias. Estos alistaban en todas partes soldados para Coblenz, hasta en el mismo París, donde el redactor de la *Gazette de Paris* ofrecía públicamente 60 libras á cada soldado alistado. Durante algún tiempo estos soldados fueron conducidos sin recato alguno, primero á Metz, luego á Coblenz.

«La sociedad les seguía», decía Ernesto Daudet en un estudio sobre las *Conspirations royalistes dans le Midi*; «la nobleza imitaba á los príncipes, y muchos burgueses imitaban á la nobleza. Se emigraba por buen tono, por miseria ó por miedo. Una mujer joven hallada en una diligencia por un agente secreto del gobierno y por él interrogada respondió:—«Soy costurera, mi clientela ha marchado á Alemania y yo me he hecho «emigrante» para ir á reunirme con mis clientes.»

Toda una corte, con sus ministros, sus chambelanes y sus recepciones oficiales, y también con sus intrigas y sus miserias, formábase de este modo en torno de los hermanos del rey, y los soberanos de Europa reconocían esta corte, trataban y conspiraban con ella. Esperábase ver llegar de un momento á otro á Luis XVI y ponerse á la cabeza de las tropas. Se le esperaba en Junio de 1791, cuando su huida á Varennes, y más

tarde, en Noviembre de 1791 y así en en Enero de 1792. Por último, se acordó preparar el gran golpe en Julio de 1792, cuando los ejércitos realistas del Oeste y del Mediodía, sostenidos por las invasiones inglesas, alemana, italiana y española, marcharían contra París sublevando á su paso Lyon y otras grandes ciudades, mientras los realistas de París se sublevarían, dispersarían la Asamblea y castigarían á los jacobinos, á los exaltados...

«Volver á colocar el rey en el trono», es decir, devolverle su absolutismo, reintroducir el antiguo régimen, tal como existía en el momento de la convocación de los Estados generales, era el deseo de todos. Y cuando el rey de Prusia, más inteligente que sus antepasados de Versalles, les preguntaba:—«¿No sería más justo y más prudente hacer á la nación el sacrificio de ciertos abusos del antiguo régimen?» se le respondió: «Monseñor, ni un solo cambio, ni una sola gracia.» (Documento de los Archivos de los negocios extranjeros, citado por E. Daudet.)

Inútil añadir que todas las cábalas, todos los comadrazgos, todas las envidias que caracterizaban á Versalles, se reproducían en Coblenz. Cada uno de los dos hermanos del rey tenía su corte, su querida oficial, sus recepciones y su círculo, mientras que los nobles ociosos intriguaban de lo lindo, tanto más perversos cuanto que muchos iban cayendo en la miseria.

Alrededor de este centro gravitaban los de los curas fanáticos que preferían la guerra civil á la sumisión constitucional que les ofrecían los nuevos decretos, así como los nobles aventureros que preferían correr el riesgo de una conspiración antes que resignarse á la pérdida de su situación privilegiada. Llegaban á Coblenz, obtenían la investidura real para sus complots y se volvían á las regiones montañosas de las Cévennes ó á



las playas de la Vendée á atizar el fanatismo religioso de los campesinos y organizar las sublevaciones realistas.

Los historiadores de la Revolución, cuando simpatizán con ella, pasan rápidamente por encima de estas resistencias contrarrevolucionarias. Las representan como sucesos sin importancia, obra de algunos fanáticos con los que acabaría pronto la Revolución. Pero en realidad, los complots realistas abarcaban regiones enteras y como hallaban apoyo, de una parte entre los mismos altos burgueses y de otro en los odios religiosos entre protestantes y católicos,—y este fué el caso en el mediodía—los revolucionarios tuvieron que luchar á brazo partido con los realistas en cada ciudad y en cada pequeño municipio de la localidad.



Así, mientras que en París se celebraba, en 14 de Julio de 1790, la gran fiesta de la Federación en la que tomaba parte todo Francia y que parecía debía colocar la Revolución sobre una sólida base comunal, los realistas preparaban en el Sudeste la federación de los contrarrevolucionarios. El 18 de Agosto de este mismo año se reunían en la llanura de Jalés cerca de 20,000 representantes de 185 municipios del Vivarais, llevando todos, como los conspiradores de la San Bartolomé, la cruz blanca en el sombrero. Dirigidos por nobles, aquel día pusieron las bases de la federación realista del Mediodía, que se constituyó solemnemente en el mes de Febrero siguiente y que preparó una serie de insurrecciones para el verano de 1791 y para más tarde la grande insurrección que debía estallar en Julio de 1792, con el apoyo de la invasión extranjera, y dar el golpe de gracia á la Revolución.

Esta federación funcionó así durante

dos años, manteniendo correspondencias regulares, de una parte con las Tullerías y de otra con Coblenz, y había jurado «restablecer al rey en su gloria, al clero en sus bienes, á la nobleza sus honores.» Y cuando estas primeras tentativas fracasaron, organizó, con ayuda de Claudio Allier, una vasta conspiración que debía poner en pie de guerra más de 50,000 hombres. Conducido por un gran número de curas, marchando bajo los pliegues del blanco estandarte y sostenido por la Sardaigne, España y Austria, este ejército debía marchar sobre París á «libertar» al rey, dispersar la Asamblea y castigar á los patriotas.

Chambéry, ciudad del reino de Sardaigne en aquella época, era otro centro de los emigrados. Bussy había hasta formado una legión realista que funcionaba descaradamente. De este modo se organizaba la contrarrevolución en el Mediodía, mientras que en el Oeste los curas y los nobles preparaban la sublevación de la Vendée con la ayuda de Inglaterra.

Y que no se nos diga que estos conspiradores y estas reuniones eran poco numerosas. Tampoco los revolucionarios, por lo menos los que estaban dispuestos á obrar, eran muy numerosos. En cada partido y en todos los tiempos fueron los hombres de acción una infima minoría. Pero gracias á la inercia, á los prejuicios, á los intereses adquiridos, al dinero y á la religión, la contrarrevolución poseía enteras regiones y esta fuerza terrible de la reacción, y no el espíritu sanguinario de los revolucionarios, es lo que explica los furores de la Revolución en 1793 y 1794, cuando tuvo que hacer un supremo esfuerzo para librarse de los brazos que la ahogaban.



En el Vivarais, el alma de la liga contrarrevolucionaria era Claudio Allier,



cura-prior de Chambonnaz. Sus adheridos, prontos á coger las armas, se elevaban á unos 60,000 hombres, como él mismo afirmó en Enero de 1792 cuando visitó Goblentz, lo cual es muy dudoso. Pero lo cierto es que en cada ciudad del Mediodía la lucha entre revolucionarios y contrarrevolucionarios continuaba incesante haciendo inclinar la balanza tan pronto de uno como del otro bando.

En Perpignan, los militares realistas se preparaban para abrir la frontera á los ejércitos españoles. En Arlés:

«En la lucha local entre los patriotas y los contrarrevolucionarios la victoria quedó por estos últimos... Advertidos de que los marseleses organizaban una expedición contra ellos, que hasta habían saqueado el arsenal de Marsella para ponerse en estado de efectuar la campaña, se preparaban para resistirles, fortificándose, amurallando las puertas de Arlés, abriendo fosos por los alrededores, asegurando sus comunicaciones con el mar y reorganizando la guardia nacional de modo que pudieran reducir á la impotencia á los patriotas.»

Estas líneas que tomo de Ernesto Daudet (1) son muy características. Es el cuadro de lo que pasaba un poco en todas partes de la Francia. Se necesitaron cuatro años de revolución, es decir, la ausencia de un gobierno fuerte durante cuatro años, y luchas incesantes por parte de los revolucionarios; para reducir, más ó menos, la reacción á la impotencia.

En Montpellier los patriotas tuvieron que fundar una liga para defender, contra los realistas, á los curas que habían prestado juramento á la Constitución, así como á los que oían sus misas. Continuamente se luchaba en las calles. En Lunel

en el Herault, en Yssingeause en el Alto Loire, en Mende, en el Lozère, pasaba lo mismo. No desarmaban. En el fondo, puede decirse que en cada ciudad de esta región se producían las mismas luchas entre los realistas ó bien los Feuillants de la comarca y los patriotas, y más tarde entre los Girondinos y los «anarquistas.» Hasta se podría agregar que en la inmensa mayoría de las ciudades del Centro y del Oeste los reaccionarios ganaban la partida y que la Revolución no halló un apoyo serio sino en una treintena de provincias de las ochenta y tres en que se luchaba. Más aún. Los mismos revolucionarios no se animaban y no se resolvían á afrontar á los realistas sino muy lentamente, á medida que los sucesos iban formando su educación revolucionaria.



En todas estas ciudades los contrarrevolucionarios se daban la mano. Los ricos tenían mil medios, que los patriotas generalmente no poseían, de trasladarse de sitio, de relacionarse por medio de corresponsales especiales, de ocultarse ellos mismos y sus armas en los castillos. Los patriotas mantenían, sin duda, correspondencia con las Sociedades populares y las Fraternales de París, ó con la Societad de los Indigentes ó con la Sociedad madre de los Jacobinos, pero eran pobres. Las armas y los medios de trasladarse les faltaban.

Y además, todo lo que se ligaba contra la revolución estaba sostenido desde fuera. Inglaterra ha sostenido siempre la política que aun sigue en nuestros días: debilitar á sus rivales creándose entre ellos partidarios á fuerza de dinero. «El dinero de Pitt» no era un fantasma, muy lejos de serlo. Igual hacia Catalina II de Rusia. En el fondo, todas las monarquías europeas tomaron partido en esta lucha.

(1). *Histoire des conspirations royalistes du Midi sous la Révolution*, Paris, 1881. Daudet es un moderado, ó mejor, un reaccionario; pero su estudio está documentado y ha consultado los archivos locales.



Si en Bretaña y en Tolón los realistas contaban con Inglaterra y en Alsacia y en Lorena con Alemania, en el Mediodía contaban con los socorros armados prometidos por el reino de Sardaigne y con el ejército español que debía desembarcar en Aigues-Mortes. Los caballeros de Malta tenían que concurrir á esta expedición con dos fragatas.



A principios de 1792, el departamento de Lozère y el de Ardèche, convertidos en lugar de cita de los curas refractarios, estaban cubiertos de una red de conspiraciones realistas cuyo centro estaba en Mende, pequeña ciudad perdida entre las montañas del Vivarais, cuyo estado de espíritu atrasado hacía que los nobles y los ricos fuesen dueños del municipio. Sus emisarios recorrían los pueblos de los alrededores, invitando á los campesinos á armarse de fusiles, hoces y horquillas y á estar dispuestos á acudir al primer llamamiento. De este modo se preparaba el golpe de mano con ayuda del cual se prometían sublevar todo el Gevaudan y el Velay y obligar al departamento del Vivarais á secundarles.

Verdad es que todas las insurrecciones realistas que tuvieron lugar en 1791 y en 1792, en Perpignan, en Arles, en

Mendes, en Issingeause y en el Vivarais, abortaron. El grito de: «¡Abajo los patriotas!» no bastaba para juntar un número suficiente de insurrectos y los patriotas supieron dispersar rápidamente las partidas realistas. Pero la lucha duró dos años seguidos, sin interrupción. Hubo momentos en que todo el país era presa de la guerra civil y en que el toque de rebato se oía sin interrupción en los pueblos de los alrededores. En un dado momento hubo necesidad de que unas cuantas partidas de Marselleses dieran caza á los contrarrevolucionarios de la región, apoderándose de Arles, y de Aigues-Mortes é inaugurasen el reinado del terror que tan fuertes proporciones tomó en el Mediodía, en Lyon y en el Ardèche. Tocante á la insurrección organizada por el conde de Saillans, en Julio de 1792, que estalló al mismo tiempo que la de la Vendée y en el momento en que los ejércitos alemanes marchaban sobre París, hubiera podido tener, ciertamente, una funesta influencia sobre la marcha de la Revolución si el pueblo no hubiere dado enseguida cuenta de ella. Afortunadamente el mismo pueblo se encargó de batirla en el Mediodía mientras París se organizaba por su lado para apoderarse, al fin, del centro de todas las conspiraciones realistas: las Tullerías.

(Continuará.)

#### Recibido:

Del editor Sempere, de Valencia: *El Arte y la Democracia*, por Manuel Ugarte, una peseta. — De la biblioteca del «Obrero», de Montevideo: *Manual del Soldado*, folleto (dirección, Librería «La Aurora», calle Pérez Castellanos, 37.) — De la de «Buena Semilla», de Barcelona, (Mariana de Pineda, n.º 5, Gracia): *Criterio libertario*, por L. Bonafulla, folleto, 5 céntimos.

*Der Weckruf*, de Ginebra (6 rue des Savoises, Genève (Suiza); *Despertar*, de Montevideo (Río Negro, 203 y 205), órgano de la Sociedad Obreros Sastres; *La Tribuna Obrera*, de Cádiz (calle María Arteaga, 22, 3.º); *La Aurora del Marino*, de Buenos Aires (Olavarría, 363, altos), órgano de la Sociedad Marineros Fogoneros).